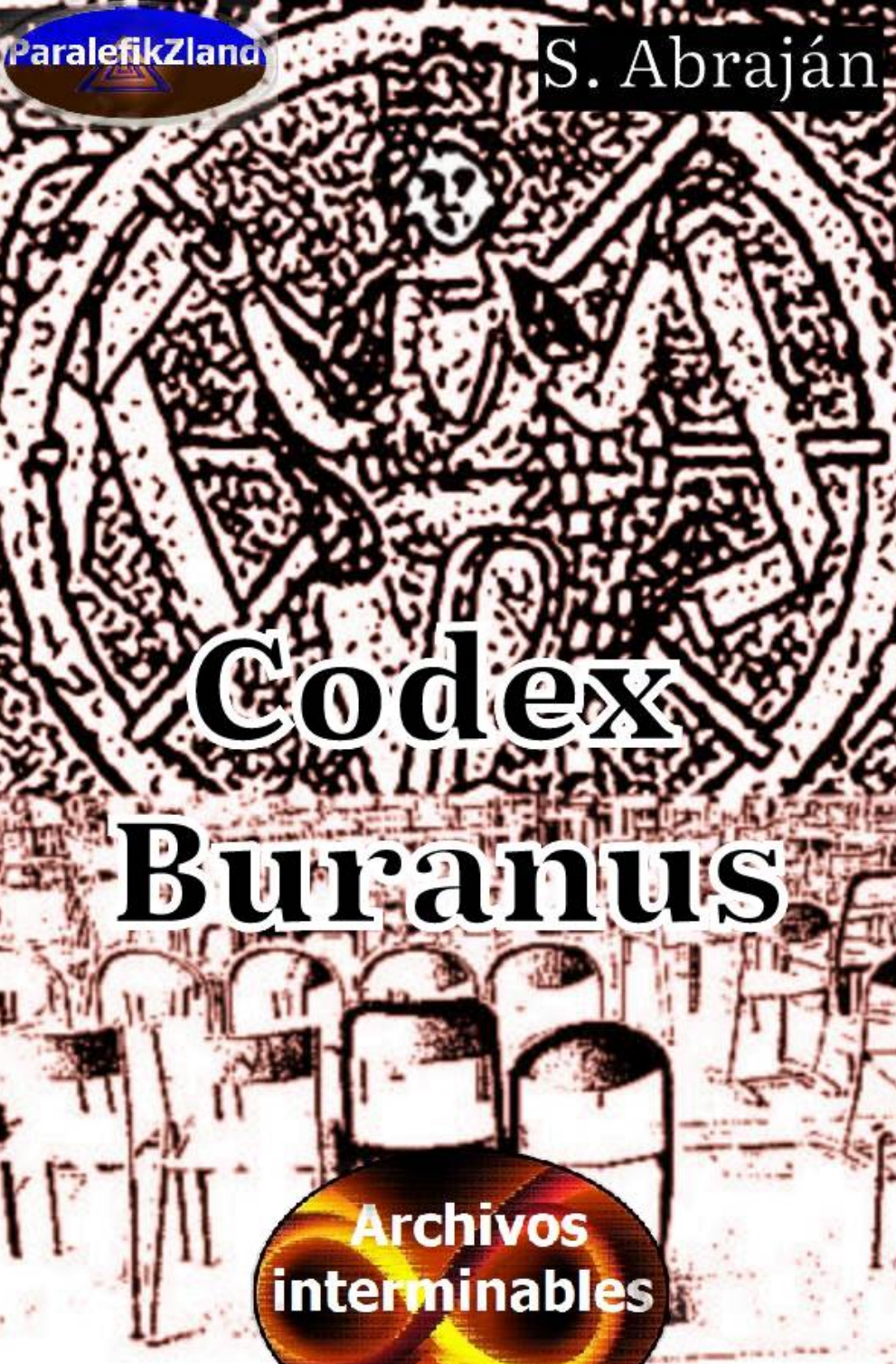


Codex Buranus

S. Abraján



Capítulo 1

"Creé una vez un mundo donde nada era sexo, licor ni suerte..."

Gyéó Fúntuo

I. Fortuna Imperatrix Mundi

O Fortuna

¡Afortunados! Así debían sentirse los estudiantes del último año del instituto Ítumi de Ákelos, esa fría mañana cuando entraban a la institución mezclados con los de primer y segundo año. Pero sabían que, al igual que la luna cambia cada noche, su suerte era variable e inquisidora.

Los niños de toda Danzilmar cuya genialidad fue prontamente captada por padres y maestros, encontraban en Ítumi la extraña amalgama entre la libertad y el encierro. Ávidos de saber, o al menos ávidos de la vida prometedora que los esperaba al salir, pasaban las horas entre los libros, las clases y conferencias, los proyectos y las constantes carreras entre los diferentes edificios de la escuela, soportando las cadenas que prometían libertad a cambio de sucumbir durante tres años a sus redes. Todo porque la sonrisa de la fortuna los había hecho nacer con portentosa inteligencia.

Pero esta suerte a veces crecía y desaparecía, pues lo que se les había dado en intelecto, la fortuna se los habría de cobrar de algún otro modo.

¡Detestable vida! (bufaban todos en silencio), que dulcificas y luego endureces. Y entran en el auditorio en fila como monos amaestrados, y se sientan como perros amaestrados, y escuchan el discurso de bienvenida como serpientes amaestradas.

Sólo un año más, sólo un año más.

Pero sólo era un año más antes de pasar al siguiente escalón de la vida, y después vendrá otro, y otro hasta que caigan en la tumba. La suerte común de todos los mortales, sin piedad se apoderará de toda su riqueza, pobreza, poder y pasiones, y los derretirá como al hielo.

Y todos se saben condenados así, como una mente única que se disfraza de diferentes rostros y pieles; algunos tienen la cara aburrida y cuentan

los puntitos de las losas del suelo; otros observan hacia la nada pretendiendo mirar al director; otros con la cabeza baja entrecerrando los ojos. Todos resignados a saberse ultimadamente en manos de la suerte, contra la cual toda su disciplina e inteligencia nada pueden hacer. Es un destino monstruoso y vacío que a los de afuera la fortuna les sonría en lo que a ellos les da la espalda, y al revés. En la rueda de la vida en la que todos están girando, estar ahí, en una prestigiosa escuela, es vano. Hasta la salud es vana; hasta al enfermo le sonríe la suerte de maneras que al sano no; hasta el más sano del mundo muere de un infarto repentino.

En el juego de la vida, hasta el perezoso se gana la lotería, y al diligente se lo comen los avestruces.

La maldad de la suerte les hacía sentirse desnudos, apenas protegidos de destinos peores por su frágil estatus de genios.

Todas las horas de estudio, todas las horas de sol en la cara que nunca volverán a sentir, todas las brisas marinas que nunca respiraron, todos los goces banales que hacen dichosas a las almas inquietas, todos los parques en los que nunca jugaron, era de lo que estaban hechos. La suerte debía estar en su contra en salud y virtud; se cobraba de todo eso para equilibrar la suerte de su intelecto.

Hace frío incluso dentro del auditorio. Cuando el director finalmente se calla, anuncia que pueden pasar a ver la disposición de los grupos de ese año, que se muestra en las diferentes pizarras del área común de estudiantes. Y de nuevo la suerte separa o mantiene unidos a los que se estimaban o se odiaban, a los que se amaban o se ayudaban, y a los que no se importaban también.

Ahora caminan hacia sus edificios y salones. Desde el aire se los ve hormiguar entre la blancura de la nieve, sobre los caminos que en otra estación resaltarían su gris entre el verdor de los árboles y el césped. Los edificios son gigantes cilindros carmesí, blanquecinos por la nieve. Un edificio para cada año, uno para el auditorio, uno para los deportes, uno para la biblioteca, uno para la dirección, y uno pequeño para la bodega. Y la masa de alumnos que sale del auditorio, y que leen de las pizarras en la zona común, se hace más pequeña; se bifurcan en ríos cuyas aguas son absorbidas por sus edificios correspondientes hasta que no queda nadie más afuera.

El frío del invierno da paso al calor del látigo oculto cuando toman asiento en sus aulas. Pilas de libros sobre las mesas de los maestros esperan ser ordenadamente repartidos entre los estudiantes; libros grandes y pesados, con portadas coloridas y hasta absurdas, llegan tan alto que muchos alumnos tienen problemas para alcanzar los de hasta arriba cuando les llega el turno de pasar por ellos. Ahora tienen todos sus libros, sus propias torres de información que a lo largo de todo el año deberá

emigrar a sus cabezas.

¡Ya es la hora! Así que no pretendan retrasar más lo inevitable. Saquen fuerza de su corazón, pues incluso los más fuertes son débiles ante los golpes del destino. Y agradezcan, deben agradecer esta suerte que la vida les ha dado y que tendrán que retribuirle a costa de su trabajo, esfuerzo, disciplina, valores. ¿Preferirían estarse partiendo la espalda en los campos, muriendo de hambre en los desiertos, hacerse mutilar en otras culturas, ser analfabetos, tener que limpiar porquerías o arriesgarse a morir de una caída, electrocutados, asfixiados o quemados, o estar siendo comidos vivos por las fieras o sacrificados para lucrar con sus cuerpos? ¡Háganse dignos de su suerte! Sienten alegría, ¿no es así? Sí, estén alegres; la alegría también se materializa en sus lágrimas que sólo fluyen por dentro; pero no se apenen, que el que llora aceptando su suerte heredará la paz.

¡Lloren todos conmigo!

Capítulo 2

Fortune Plango Vulnera

Ojitos rebosantes de líquido salino cuando, sentados en sus escritorios, se les niega el permiso del descanso.

“Qué suerte tienes, no descuides tu genialidad, debes cultivarla desde ahora”,

“La fortuna te ha tocado, no la desperdices con los que no la tienen”.

Otros se emocionan, pues diferentes y elevados se sienten.

“Puedes adelantar la siguiente lección”.

A los que con ardor aprenden, pronto en su propio sueño creen hallarse, pues de movimiento sus voluntades no están provistas.

“¿Sigues estudiando hasta esta hora?”

Si no, ¿cómo seguiría sabiendo? Debo aprovechar el regalo que la suerte perversamente me dio a mí, quitándoselo a alguien más.

“No tendrás problemas para pasar el examen de Ítumi”.

“¡Si no sigues, no podrás pasar el examen de Ítumi!”

“¿Estás seguro de que pasarás el examen de Ítumi?”

Pero tras dos años de intensa fortuna, hasta el mayor amante del conocimiento siente que se harta de ella.

Está escrito que el que ama el conocimiento estudiará.

Pero en ocasiones la cabeza se queda sin cabello.

Avanza el frío de enero y febrero. Parciales y proyectos van y vuelan. Mantienen sus caras serenas ante los libros, profesores y padres.

Los que de pequeños se sentían con su fortuna en el trono del mundo, acostumbrados a saberse prósperos y coronados de felicidad en el futuro, desde hace tiempo se sienten ya desplomados, y privados del deseo de

una gloria futura.

Más aun así se compite; eso nunca morirá, aunque en el fondo lo mismo les dé el primero y el último lugar.

Y a la vez se confabula: los grupos se pasan información, que al llegar la primavera se organizarán las tertulias de los terceros años, contrapuntos para la vida que muestran al resto del mundo.

Pero por ahora pretenden.

Hacen creer al mundo que están en un campo de batalla.

“Sacaste el primer lugar”.

“¡No sacaste el primer lugar!”

“¿Por qué no sacaste el primer lugar?”

Y en las pizarras de la zona común se exhiben los promedios mensuales de todos los alumnos, divididos por grupos y grados.

Y se hacen los orgullosos y los heridos frente a los profesores y padres.

Que crean que son humillados por sus caídas.

Que crean que el primer lugar se eleva a las alturas.

Que crean que están exaltados por el rey que se alza en la cima.

Que crean que lucha por evitar la ruina.

Que crean que será una desgracia cuando encima se lea que otro reina.

Capítulo 3

Veris Leta Facies

La primavera se abre paso jovial por entre la nieve que se aparta ante su rostro, cuyo signo son las flores y los árboles que rodean los caminos del instituto Ítumi. Andando lento, con gran sosiego, los estudiantes quedan expuestos al nuevo verdor que de los árboles comienza a brotar. Vemos a uno que, deteniéndose un momento, observa junto al camino la primera flor cuyo capullo ha quedado descubierto. Se llama Dézen, y va hacia su edificio con la bufanda descubriéndole el cuello por el nuevo calor.

“Todos se calman; la despedida del frío hace que ya no haga falta mover tanto el cuerpo. Todos caminan tranquilos, casi durmiendo, sin hacer ruido. Pero sólo yo me quedo, aunque nadie me vea, contemplando un pequeño capullo de flor”.

Sigue su camino.

“Flor que ha de abrirse, una flor abritura, nacitura, vivitura, que hay en todos nosotros. Mas nuestro invierno seguirá por el resto del año, y por varios años más, y quizás hasta nuestra muerte, pues los dioses han dispuesto que, para los hombres, la flor no se abra sino hasta el fin, cuando se confunde con su propia muerte”.

Otro día pasa por el mismo camino. La nieve ha retrocedido, pero el capullo aún no se abre. Se expresa de este modo:

“Aún nadie me ve; a nadie le importan ya los contempladores, sino a los que actúan, y contemplar no es ninguna acción”.

Le habían dicho que saliera a caminar más seguido, que el encierro le impediría la correcta salud de su cuerpo, mas ese era todo su ejercicio, al menos en lo que terminaba el invierno. Se encontraba con sus compañeros Genáo, Óira y Yíran en las bancas de afuera de su edificio, y en una ocasión se les pudo escuchar teniendo la siguiente conversación:

Genáo: Ayer en la noche me dieron la llamada.

Yíran: ¿De verdad?

Dézen: No se supone que llegue hasta que haya acabado el invierno.

Genáo: Me dijeron que no lo diga a nadie; unos pocos hemos sido elegidos para planear dónde será y en qué circunstancias.

Óira: ¿Y por qué a ti en concreto?

Genáo: Algún criterio habré cumplido, no sabría explicar un porqué razonable.

Lo que ahora desencadena los celos de Dézen, y escucha a Óira suplicar que le adelante un poco cuáles serán sus designios para el encuentro, a los que Genáo se niega por falta de respuesta.

Días después, habló Óira con Dézen de este modo por teléfono:

Óira: ¡Me han dado la llamada! Quieren que organice a las chicas como Genáolo hará con los chicos.

Dézen: ¿Habrá más llamadas adelantadas, para cubrir algún otro puesto?

Óira: Decirte no sabría, estimado. Pero te suplico que en secreto guardes mi noticia, pues mi emoción no podía quedar congelada en mi pecho, y entre todos no hay otro en quién tanto confíe.

Dézen: Mas si en algo pudieras, sería grato si por mí intercedieras.

Oira: No entres en dudas.

Y vuelve a las caminatas para ver el capullo de la flor que aún se niega a despertar, y nada oye a sus espaldas, nadie lo ve de reojo, nadie cuchichea ala palma en la mano. Poco falta para que la flora reine en ese pequeño bosque escolar, lo que será alabado con los cantos del coro que ahora mismo se encuentra ensayando en el edificio de artes.

“Primero a Genáoy luego a Óira, pero nada han hecho para darles el lujo de florecer, al menos que en secreto una acción notable efectuaran.

Movilizarse es la respuesta a mi mente de estatua”.

Y pasa los días por entre los clubes, codeándose con los que se sospecha están tras el futuro encuentro. Pero todo es secreto, y todos nada saben, o no pueden o no quieren decir, quién está detrás de las llamadas que reclutan a los que serán los jefes de su gozo futuro.

Estando un día Dézen, recostado en el regazo de Óira, en un banco en medio de la selva, siente el sol que calienta su mejilla, y la risa de Óira, por su semblante embobado, parece que viene del sol, para burlarse de Dézen y su envidia malsana. Tiene Óira una flor en el canalillo, arrancada de su propio jardín, que se ha adelantado a la selva escolar; Dézen gira la cabeza y la mira con la visión periférica, y se expresa de esta manera:

Dézen: ¿Sabes lo que yo decidiría, de haber sido o de ser elegido? Sería aquí mismo, en nuestro auditorio, todas las ventanas cubiertas de negro, todo iluminado por velas, colchones con sábanas anaranjadas.

Óira: Suena algo tétrico y más parece de secta.

Dézen: ¿No contamos como una, al menos en parte? ¿No actuaremos por encima de las normas, y no cometeremos sacrificios hacia nuestra propia integridad, como los demás del mundo creerían?

Óira: Es imposible que tu plan se realice, aun si la suerte te hiciera elegido. Pero no te preocupes, estimado, cuando el día llegare, haré que no haya goce que no pruebes.

Dézen incorpora su cuerpo, mirando a los ojos a Óira desde abajo:

Dézen: Poco me importa con cuántas me toque, pero si incluso entonces soy del montón, ¿para qué querría pues siquiera asistir?

Y Óira ríe entre dientes, sin pena y con gracia, perfumando a Dézen con su dulce aliento que le mueve los cabellos, y se torna llorosa y feliz a la vez.

Óira: Cómo me entristece, amigo mío, que lo que a tu corazón perturba sea siempre la atención, y cuenta no te das de la que yo te he querido ofrecer desde hace dos años. Te diré que desde entonces busqué medios para lograr lo que ahora te da envidia, porque pensaba, llegado el momento, aprovechar mi lugar para ganar por premio tus amores.

Fue largo y dedicado cómo llegó a enterarse de quién organizaba los encuentros de los primeros dos años, pues se decía: “Dézen se encelará, y si se encela de mi puesto, cuando llegue el momento podré sorprenderlo mejor, y veré cómo sus celos se transforman en sorpresa y luego en

éxtasis, pues qué difícil es amar a aquel por el que a la vez tienes celos, pero qué satisfactorio cuando lo segundo sólo es una estratagema para lo primero”.

Y ahora la sorpresa ha tomado el lugar de los celos en Dézen, que se incorpora con la piel como la nieve que se derrite. Óira sostiene la contradictoria tristeza y alegría en su rostro rojo como la flor de su pecho.

De ahí se va Dézen a grandes zancadas; nunca se había movido tan rápido, nunca había querido poder moverse a la velocidad de un caballo, nunca había sentido tanto calor en sus piernas.

Y tras varios días hay más pájaros cantando; la primavera al fin se ha despertado, ya con la nieve apenas con vida entre el césped. Platican Dézen y Yíran sobre las llamadas que pronto habrán de llegar, y éste último, feliz de ver revolotear a los pájaros, menciona a todas las doncellas que espera ver en el encuentro, a las cuales dará felicidad por millón, y Dézen se ríe al imaginarse al coro que hace su último ensayo, pues pronto cantará un coro más placentero y liberador.

La flor finalmente se ha abierto.

Capítulo 4

Omnia Sol Temperat

Todo calienta el sol sobre las cabezas recién salidas del invierno. Sobre el cenit del cielo, mira el sol hacia la cabeza de Éla, que se oculta tras los árboles del camino que pasa detrás del edificio de los segundos años, y desde ahí contempla, parcialmente refugiada por arbustos que le llegan al torso, a los radiantes cuerpos jóvenes que se revelan ante el rostro de abril. Los oye sin asimilar sus palabras, de las cuales sólo retiene los tonos graves y vigorosos, o entusiastas y enérgicos. Su cuerpo es adecuado para el de ellos, razona evaluando sus propias formas, no muy desarrolladas a causa del descuido de su físico, sin ser por ello despreciables o inadecuadas para hacer fluir la sangre por dentro de las venas.

“Todos están en la primavera de su juventud. Seguro que también sienten las urgencias del cuerpo”.

Y era verdad que en todos reinaba el dios de la juventud.

“También es para mí correcto unirme a este éxtasis”

Se había dicho que los organizadores de la primera reunión iban a atrasarla hasta el comienzo del verano, y no fue sino hasta ese día que todos confirmaron, decepcionados, que no eran rumores falsos. A cambio, se prometía compensarlos con una localidad más adecuada, en circunstancias más voluptuosas, más apropiadas para dejar fluir su juventud dentro de las limitaciones que la primera reunión exigía, en preparación para las siguientes.

De eso conversaban los cinco muchachos que observaba Éla desde los árboles. Eran cinco de los cuerpos más apetecibles, de los que más se ansiaba que asistieran a las reuniones.

—No podré ir si es una semana después de terminar las clases —comentó uno llamado Yéyan, el de brazos fuertes por la natación—; me iré a Kutuzá a pasar las vacaciones.

—Yo me quedaré todo el tiempo que haga falta —dijo al que llamaban Ánke, el de las piernas fuertes.

Y entre pequeños golpecitos en los hombros y torsos, se lanzaban alguna que otra frase opinando y comentando sobre la reunión y sobre otras

cosas que eran de poco interés para Éla.

Despabilada y contenta por la alegría que el calor del sol ordenaba ante tanta carne nueva, Éla salió de su escondite y caminó hacia ellos con la intención de seguir de largo hacia algún lugar no importante, pero en su acción se dejaría contemplar por ellos, accionándoles quizá el mecanismo que la naturaleza les ha instalado para brindarles sensaciones ya conocidas ante un ejemplar del sexo opuesto.

“Que al ser vista de este modo, se sienta lo correcto y natural que es poseer lo que es tuyo, o que podría ser tuyo”.

Ni el pavorreal con su abanico podría sentirse más orgulloso y arrogante que Éla con el simple hecho de caminar a un lado de aquellos cinco. Pero no hizo nada para intentar ver u oír sus reacciones. Se imaginó que los que habían planeado no asistir a la reunión habrían cambiado de idea al ver el espécimen que habrían de perderse, y los que habían decidido ir lo harían con más bríos, cargados de energías más violentas.

El sol seguía radiando este nuevo calor en los cuerpos jóvenes, apenas enfriados por las clases, los libros y los profesores.

Un rojo suave tiñe las mejillas de Éla, dándole un tono de manzana que va madurando día por día, y razona con hartazgo que todos ellos son ahí como frutas que la educación tendrá que hacer madurar.

“¿Para qué le sirve a la fruta madurar sino para que se la coman?, ¿Para qué le sirve a la semilla volverse árbol sino para que la talen?”

Pero concluía que no era posible madurar para la libertad sino para la realidad, y que el que quiera vivir en paz con la realidad, deberá sacrificar un poco de su libertad. Por eso alzaba los hombros y justificaba su actitud actual: que la fruta siguiera disfrutando de su verdor hasta que le llegue el turno de ser bajada por una mano y boca hambrientas.

“Ámame fielmente, juventud, mientras te tenga; yo también te seré fiel mientras la diosa realidad me lo permita. Incluso cuando esté ya muy lejos de ti, y sientas que te haya traicionado, parte de mí estará contigo, oculta de las miradas del mundo”.

Quien amare a su juventud tanto como Éla, que se sabe precedera y olvidable, con la misma fuerza con la que el sol de la primavera los calienta, seguirá girando sobre la rueda y no debajo de ella.

Capítulo 5

Ecce Gratum

Observa complacido a sus iguales, que anhelantes sienten sus alegría renovadas, aquel a quien, encabezando los más altos números de la institución, por los deleites de su complexión y porte, con héroes griegos era comparado. Los colores de sus ojos resplandecen arrancando admiraciones de los mozos y haciendo florecer las praderas de las mozas. Wéishen ilumina todo.

Y les habla:

“Estimados, dejad a la tristeza irse, pues en nuestros planes hemos configurado al fin los convivios con los que despediremos a este pequeño eslabón en la cadena de nuestras vidas, y a todo aquel que en ellos participare, podrá jurar que al final toda la ferocidad de nuestros inviernos pasados desaparecerá”.

Os dice que vendrá un verano.

Os dice que los inviernos severos de sus vidas se derretirán por fin.

Y con simultáneo grito al cielo, hace volar de sus propias manos los folletos describientes de las reuniones. Alzan sorprendidos los alumnos los ojos al cielo y no ven ni su azul ni sus blancos, y se embisten y abalanzan para recibir en sus manos alguno de esos volantes que acaban por caerles en las caras, y pisoteados y arrugados en el tumulto frenético.

Y por los techos asoman otros ayudantes de Wéishen: Óira, Barúm, Níma, Genáo y los demás, que desde lo alto contemplan no solo la alegría a sus pies, sino también que al fin se han desvanecido los pesares del invierno: la nieve, el granizo, etcétera. Y abajo tampoco hay más brunas, pues en leyendo las actividades que ha preparado Wéishen y sus ayudantes, se les generan calores que se habrían comparado a los de aquel sol recién nacido. Y alrededor de Wéishen, y por debajo de Óira, Barún, Níma y Genáo, todos parecían aferrarse con ardor a aquella dulce promesa, volviéndose el verano una madre que habría de amamantarlos cuando hubieren nacido hacia él.

Y levanta las manos Wéishen y exclama, como inmaterial entre sus

iguales:

“Pero amigos, que hay de aquel que no se deleite de los disfrutes y gozos que con amor os he reservado, pues recordará estos tiempos cuando haya nacido a la siguiente vida, y encontrará que su alma se siente miserable al no haberse sometido a las leyes de nuestro verano”.

Miserable el que no viva este verano.

Miserable el que no lo goce.

Y al mismo tiempo que sus palabras, los ayudantes sobre los techos dejan caer a su vez más de sus evangelios, y llénanse los caminos blancos y las copas de los árboles de su mensaje, y las bancas y las mesas, y las ventanas se los tragan alimentadas por los vientos.

Organizadores, vosotros dais la gloria, y parte de vuestras ilusiones e insomnios es lo que arrojan desde sus techos, y vosotros más que nadie y más que nunca ya pensáis estaros regocijando en aquellas dulces aguas.

Y los que leyeren el contenido de vuestras maquinaciones sentiránse atravesados por flechas que en vez de desangrarlos les proveerá de más sangre en las venas.

Y toda penuria, la pasada y la que quede hasta el verano, se sentirá liviana frente a este premio por el que pasarían más años de trabajo afanoso para conquistar.

Entonces aléjase Wéishen, casi invisible entre sus pares, y alzando la mirada se encuentra con los bellos ojos de Yamé en una aula de los terceros años, que como una diosa griega gloriosa aprueba el júbilo y los ardores de los súbditos de Wéishen.

Seamos tan profundamente felices.

Tan felices como Wéishen y Yamé.

Y fue como si una nueva y cálida nevada de promesas voluptuosas hubiera cubierto el instituto Ítumi, nevada que derretía los hielos de sus habitantes y los dejaba con el corazón puesto en el verano.

Capítulo 6

III. Auf dem Anger

Tanz

Sigue brillando fuerte el sol sobre Ítumi, donde cada estudiante se había dividido en un lado angelical, más diligente que nunca y fervoroso con sus haceres escolares, y uno demoníaco, lleno de pensamientos impuros, regocijándose en sus perversa maquinación para experimentar los placeres prometidos. Ambas mitades se balanceaban armónicamente sin obstruirse la una a la otra. Más se había vuelto un baile de máscaras de actores que sólo bailaban por dentro.

Pero el coqueteo aumentaba, más cínico y lascivo que nunca, a fin de avivar las llamas localizando a potenciales parejas futuras. Eran las ninfas llamativas y dulces como flautas al aire; los faunos, firmes timbales de ritmos atrayentes.

Lo secreto de esta danza peligraba con rebelarse entre más se aproximaran los faunos y las ninfas. Las miradas lascivas y evaluativas pronto se volvieron roces peligrosos, ora en las suaves manos, en las gruesas piernas, en los finos cabellos, en las potentes barbillas. Sentados, de pie o caminando, las manos hacían los intentos de aventurarse ahí donde elegía el ojo. No hicieron nada la Venus ni el Paris de la escuela para evitar ni las manos ni los ojos, pues como organizadores se sabían ahora propiedad de los demás. ¿Hubo acaso alguna ninfa o fauno que no sintió el calor de tocar o de hacerse tocar, como si con ello degustara de pequeños anticipos de lo que prometía ser la recompensa a sus años de resignación?

Floret Silva Nobilis

Ya nada detiene el florecimiento de este noble bosque, piensa Méyu, que todo lo contempla desde su soledad, y sólo florece más y más, y todos se han vuelto como flores en la primavera, flores y hojas que crecen y el viento hace volar, muertas de emoción. Pero para Méyu es poca la alegría por el recuerdo de su viejo amante. ¿Dónde estarás ahora, aún hermoso y tierno, aún robusto y enérgico? Pero sólo sus imágenes quedan, imágenes en que la abraza, la besa, y se desvanece, entre las sombras, hacia otros mundos. Ya se ha ido. Y por eso no es alegría lo que le producen las promesas del verano, ¿quién la amará sino aquel que ya se fue? Que no se olvidan los contactos que tanta sangre hicieron fluir. Que no se olvida el ardor de los músculos al trepar sobre los árboles.

Que no se olvida el sonido de las ramas sacudiéndose.

Que no se olvida la visión de las ropas cuando caen sobre las raíces.

Pero sobre todo, que no se olvida ese suspiro, casi grito, al saber que ya se ha ido, absorbido hacia otra realidad.

Pero se levanta de repente, los ojos bien puestos en aquel nuevo bosque floreciente, y que sabe seguirá floreciendo por doquier esté ella o no.

Camina hacia el lago y se siente tentada a dejarse la cara roja intentando sacudirse a su viejo amante y dejar de añorarlo. Y observa las manos y

los cuerpos que estos intentan tocar, y escucha los tenues suspiros, inaudibles para todo el que estuviera fuera de la ley del verano, y se

avergüenza y piensa que en este nuevo bosque lo que abundan son las hojas, y en dándose cuenta de una de ellas siente atracción su ojo y

energía su mano. Se parece en algo a él, su viejo amante, en sus cabellos y en sus hombros, pero esta hoja sólo le sonrío, y en esa flor siente

también el magnetismo de la belleza. Pero Méyu es más rápida, y, queriendo romper la hipocresía del juego de máscaras, es la primera que,

a la vista de todos, se la quita casi del todo. Tomó la hoja en sus manos no sólo como un roce, sino como una posesión, un reclamo, una certeza

de que siempre perteneció a sus manos, y pese a la brevedad de ese momento sin máscara logra ser captada por decenas de ojos y corazones

con sangre hirviendo, y es despedida con mezclas de suspiros, halagos y vergüenza por cobardía propia. Aquella hoja ahora se siente marcada.

Y Méyu se va de ahí, tan rápido y sin mirar atrás como su viejo amante, que a pesar de estar tan lejos no acaba de irse del todo. ¿Ahora quién la amará?

Y vuelve ese suspiro, casi grito, por el viejo amante que ha cambiado de realidad.

Capítulo 7

Chramer, Gip Die Varwe Mir

Ya está cerrada la escuela y sólo queda el bosque. Y Óira supervisa a sus ninfas antes de comenzar la primera fiesta del verano. Vuestro color es la sangre bajo vuestra piel. A nuestro ojo agrada el color de la vida y por ello nos hace sensuales. Cada una en preparándose para ofrecer sus cuerpos al agua y al sol.

Por semanas las guió para cazar y hechizar a los muchachos con el rubor de la emoción por retozar en el agua. Como una madre, las instruye para los actos permitidos durante ese breve retorno al útero, donde nadarían veinte muchachos con veinte muchachas.

Gracias a ti, por escoger nadar conmigo. Mírame y déjame ser la fuente de tu placer.

Pero Yamé, que todo lo observa, interrumpe a la líder de las chicas, y reafirma severa: todo goce será dentro de los confines del agua, sin ningún cuerpo que retorne a la desnudez de su nacimiento.

Con el grupo de muchachos guiado por Wéishen se reúne el grupo de muchachas de Yamé.

Dézen, que con vistazos vuelve a Óira el centro de su panorama, ligeramente alejado del resto. Bárum y Níma entregan las listas con los nombres de todos los presentes, sus edades, grados y otra información secreta, como por quién del otro grupo se sentía hechizado o hechizada. Wéishen y Yamé inflan sus pulmones de emoción pasando las miradas entre sus discípulos, que incluso ante la novedad de esa vergüenza no dejan a sus piernas mostrar temblor alguno.

E interrumpe Yamé a los ayudantes:

—No temáis al placer, sensuales muchachos y muchachas, que disfrutar de vuestra sensualidad os hace honorables y dignos de elogio. Miraos a los ojos, haceos visibles para el otro, y decíos: úsame para complacerte.

Ya con más valor en la frente, son formados en filas de muchachos y muchachas, y comienzan la marcha hacia la alberca liderados por los

ayudantes. Wéishen y Yamé detrás de todos, como empujándolos con sus presencias. A Bárum le da el sol en los ojos, que se entrecierran sin que su amplia frente descienda, sin que sus gruesas manos intenten hacerle sombra. Camina a través de los niños que juegan en el bosque de la escuela, a través de los que practican danzas y artes plásticas. Se siente curiosamente observado y siente un escalofrío en su amplia espalda.

Ahora era bienvenido en ese nuevo mundo, tan alejado, y que aún más iba a alejarse, de la sombra de las aulas y del abrigo de la vestimenta. Este mundo tiene tantas alegrías, y tal pareciera que él ayudará a crear una de ellas. Aunque nunca más en su vida vuelva a hacerlo, al menos durante esa ocasión será su esclavo. Giran a la derecha al cruzar el puente del estanque. Los peces anticipan a los ojos de todos lo que han de hacer. Aceleran la marcha.

Llegan a la zona de la alberca. Los curiosos que miraban la progresión observan a Wéishen y a Yamé voltear hacia ellos una vez más, exponiéndose y dando una reverencia antes de cerrar las puertas que conducen a la alberca, como diciendo: miradnos, mundo nuevo, nos dirigimos ahora mismo a complacer.

Capítulo 8

Reie

Llenos de solemnidad ingresan en los terrenos de la alberca, que ante ellos reluce y brilla anticipándose a sus cuerpos. Como en un santuario, los ayudantes instruyen a ambas filas a ordenarse muy tranquilamente a lados opuestos de la alberca. Los muchachos en la parte sur, las muchachas al norte, todos pueden verse al otro lado del agua, sus reflejos ya se les han adelantado y son uno con el agua.

Los ayudantes también toman sus posiciones después de asegurarse de que todos están en posición a la orilla de la alberca, y junto con ellos quedan en trance mirando hacia la otra orilla. Toda sonrisa es de emoción respetuosa, casi veneradora; hay ojos cerrados, incrédulos y llenos de calma; hay tanto silencio que por varios minutos sólo el viento le daba voz al agua.

Wéishen y Yamé, juntos desde una banca observan ambas filas de muchachos y muchachas a un paso del agua, embelesados. Óira levanta la mano, espera un momento para que todos se den cuenta y por dentro empiecen a crecer las ansias y la desesperación, dejándola que bulla un poco dentro de esos ojos impacientes.

La mano baja como un hacha.

Los pies saltan y las aguas se rompen en pedazos al recibir los cuerpos desde ambos lados de la alberca. Bracean y patalean al límite de sus energías, y los más rápidos no tardan en chocar en el centro de la alberca. Guerreros que se embisten no para herirse sino para aprisionar brazos con brazos y bocas con bocas. El agua no aguanta tanto maremoto; se ha esfumado toda la calma y ahora hay exclamaciones desenfundadas y chapoteos entre las manos que se asen de toda protuberancia que encuentran en el cuerpo de las parejas, que se rompen y se reforman con otros cuerpos. Van así de un lado al otro. Dézen y Óira se aferran y se dejan llevar entre los demás sin abrir los ojos y sin dejar de compartir el aire de sus pulmones. Va Méyu apenas con paciencia para quedarse con un amante por un minuto antes de pasar a otro. A Bárum entre dos lo sujetan y apenas le permiten sacar la cabeza del agua. Éla se hace rodear por tres y usa todos sus miembros para retenerlos. Todos ellos habían sido puros; casi ninguna mano había tocado antes parte protegida por las leyes humanas. No habían recibido la sensación de otro cuerpo en todos los largos veranos de su vida.

El sonido no parece llegar a Wéishen y Yamé. Para ellos sólo el viento susurra melodías refrescantes bajo el cálido sol. Aprieta Yamé la mano de su compañero, y en aquel agarre están contenidas todas las sensaciones de aquellos que se retorcían en el agua.

Yamé cierra los ojos para que las imágenes no la distraigan del viento. "Vengan a mí, sensaciones. Ven a mí, viento. Ven a mí, sol. Ven a mí,

agua. Ven a mí, caricias. (Los miembros bajo el agua se tocan, se veneran entre sí) Amantes míos, se los imploro postrándome ante ustedes.

(Bucean muchas cabezas, pero el agua no las separa de las bocas de las que se apoderan) Aunque dé lastima se los ruego. Vengan las manos.

Vengan los labios. Vengan las olas" (por debajo de las piernas pasan las corrientes del agua, chocan y continúan abrazados).

Wéishen la acompaña cerrando los ojos, sonriendo, haciendo a su cabeza bailar adormilada ante el arrullo del viento. Silba para encarnar en sonidos la sensación de humedad, calor y frescor.

"Dulces bocas, dulces manos, dulces pies, dulces torsos y abdómenes, vengan a hacerme sentir vigoroso. (Los dedos de las manos secas, pero bañadas por el viento y el sol, se entrelazan y se poseen) Yo también llenaré tu cuerpo de vigor; te presto mis labios, mis manos, mis pies, mi torso, mi abdomen" (finalmente se aprietan con sólida avaricia).

Dézen y Oíra se han alejado y se apoderan de sus cuerpos a la orilla de la alberca. Son los únicos que escuchan el silbido de Wéishen, que complementa el placer del agua, del sol y del viento con su melodía adormecedora.

Pero es entonces que Wéishen y Yamé saltan de la banca, y el sonido del agua y de los estudiantes vuelve a su primer vigor. Se sujetan y bailan como si el agua y las exclamaciones fueran su música. Y así van de un lado al otro a lo largo de la alberca. Puros no son y nunca lo habían sido. Pero aún así bailaron como si no se hubieran tenido en todo ese largo verano.

Capítulo 9

Were Diu Werlt Alle Min

Las bocas y ojos se abrieron incrédulos y atónitos cuando Yamé y Wéishen empezaron a caminar hacia los trampolines a ambos extremos de la alberca. Los faunos y las ninfas se agruparon cerca del trampolín hacia el cual su rey y reina subían, y con los ojos los acompañaron en su rápido ascenso. Cuando Yamé y Wéishen llegaron a su respectiva cima, ya todos los ojos y bocas estaban alzados hacia ellos.

“Si me perteneciera Danzílmar...”

Y ante la maravillosa realización, las chicas ninfas formaron un círculo debajo del trampolín de Wéishen; los faunos debajo del de Yamé.

“Si Danzílmar fuera mío, desde Yazalá hasta Génd...”

Yamé y Wéishen se aproximan a la orilla. La primera con solemnidad y gracia, emanando toda su realeza y divinidad. El segundo con porte firme y dominio, sonriendo con carisma y seguridad.

“Si yo poseyera Danzílmar, desde la isla de Yazalá hasta la de Génd, con todo gusto lo entregaría. ¡Todo, todo lo daría con el más intenso de los placeres...”

Ambos levantan los brazos, exponiéndose al sol y al viento, y cierran los ojos. Debajo todos tienen la mirada temblorosa y la respiración agitada, las sonrisas desesperadas y los labios apretados.

“...para que el rey y la reina de Danzílmar...”

Todos ahogan un grito en cuanto Yamé y Wéishen emprenden el vuelo y se dejan arrastrar entregados hacia el agua.

“...yacieran entre mis brazos!”

Penetran ambos cuerpos en el agua, en medio de sus círculos de ninfas y faunos, los cuales se abalanzan sobre ellos cual pirañas y comienzan a devorar sin respeto ni compasión los cuerpos de sus reyes. De nuevo el agua hierve y se revuelca en torno a los reyes que complacientes se dejan adorar, suspendiendo y rindiendo su vergüenza ante las decenas de manos que los reclaman.

Ya nada detuvo los gritos de euforia.

Capítulo 10

IV. In Taberna

Estuans interius

Arde en adrenalina el corazón de Bárum. Aún siente el frescor del agua y la suavidad de la carne de Yamé mientras camina con la cara cubierta hacia la "taberna", hacia donde con amargura e ira sus pies lo conducían. Yo era virtuoso desde la mañana hasta la noche. Era dueño de mis impulsos y de los latidos de mi corazón. Pero ¿no estoy hecho también de materia como todos? ¿No soy acaso otra hoja más en el mundo a la que los vientos zarandean sin control?

"Bárum, no le temas al próximo placer, que el fuego del miedo anestesia los sentidos y te escuda de las sensaciones nuevas" (Yamé).

En la oscura noche, Bárum se quema por dentro.

Debía yo ser como un hombre sabio, que decide lo correcto para poner una morada alrededor de su cuerpo. Padre Futuro y Madre Bienestar se decepcionan: Huye ahora que estás a tiempo, sálvate de la próxima caída. ¿Quieres ser como el río sin domar que nunca está en paz, y en cuyas corrientes nada permanece?

Padre Futuro: veo mucho calor dentro de ti, mucho ruido de gargantas depravadas que han perdido el camino, que no se quieren levantar del suelo.

Madre Bienestar: los ojos no verán bien, la lengua no podrá hablar, los oídos escucharán lo que no se quiere escuchar.

"Bárum, cae con nosotros. Levántate sólo cuando tengas que estar sobre tus pies. Si no, que el suelo sea tu delicia" (Yamé).

Arden las pantorrillas de tanto fuego y presión.

Ahora me arrastran mis pies como un barco en llamas que vaga por el aire, y no soy ave para saltar de él sin matarme.

Se detiene de golpe y las piernas, lejos de aliviarse, se sienten acuchilladas, pues quieren seguir su camino entre los callejones hasta la "taberna". Se escuchan risas. Se asoma por una esquina y ve a un grupo de compañeros suyos viajando sobre sus propios barcos de fuego hacia la gran caída, pero éstos están entregados y sin sentir cadena alguna sobre sus cuellos, perdida la llave del pudor.

¿No habré de encontrar a otro igual a mí? ¿No me esperan sino los que han aceptado la perversidad?

Padre Futuro: no veo la nobleza que sólo la virtud puede dar. Las espaldas derechas y las frentes en alto han sido sustituidas por cuerpos torcidos y muecas grotescas.

Madre Bienestar: sólo hay los dolores del vicio, que te harán querer arrancarte la cabeza y gritar de desesperación.

"Bárum, la virtud y la perversidad son hermanas gemelas. Yace y goza con ambas. La perversidad también quiere atención, y si la descuidas serás miserable un día" (Yamé).

Su corazón se siente liviano conforme sus pies retoman el camino.

Ya nada hay que me detenga. Mi conciencia me grita, pero Yamé me acaricia con sus palabras. El alimento y el veneno en el mismo plato, y dominar los dos se promete tan liberador. ¿Seré acaso inmune a este veneno? Quiero reír de curiosidad. Quiero ver si sus ánimos son porque encontré en mí un corazón fuerte.

Padre Futuro: el peligro del vicio es muy fuerte. Más vale nunca haberlo conocido. Veo un cielo vacío y tu cabeza vacilante sobre los hombros. El suelo será tu cama, el aire frío será tu sábana, la caridad de los que no han sucumbido será tu alimento.

Madre Bienestar: aun si ganares fortaleza y resistencia, no valdrá la pena. La enfermedad y el desprecio serán tus frutos. Veo ojos enojados, dedos señalándote, y a tu mente nublada y sin poder crear más pensamientos. Ya se ve la entrada a la "taberna". Colegas suyos entran con alegre silencio recibidos por Wéishen y Yamé. La tierra bajo sus zapatos sigue haciendo ruidos de mordidas.

Ya estoy al final de este escabroso camino, o más bien a punto de sumergirme aún más en él. ¿No podría acaso servir mi juventud de justificación? ¿No vendrá a mi auxilio la curiosidad por la depravación? Ella lo ve.

Padre Futuro: te veo aún adentro y afuera, de pie y en el suelo. Ten piedad de mí; créame fuerte y dichoso.

Madre Bienestar: tu cuerpo y mente aún están sanos. Ten piedad de mí; créame hermosa y longeva.

"Bárum, ven con nosotros. Toda virtud puede volverse viciosa, y todo vicio puede ser explorado de forma virtuosa. La virtud puede perderte si te obsesionas con ella" (Yamé).

He de olvidar la virtud otra vez, o más bien entender que está intercalada con el vicio. Caeré, esperando que de esta búsqueda de placer salga algún tipo de fuerza. Mi bienestar tendrá que soportar esta caída y levantarse. Llega a la entrada.

Mi espíritu morirá por un rato. Sólo me queda proteger mi carne.

Capítulo 11

Cignus Ustus Cantat

Con sonrisas patéticas han entrado los estudiantes a la taberna y se han sentado a la larga mesa de madera. Casi encerrados en grupos de conocidos, cuchichean y mueven nerviosos los pies bajo la mesa. Los ojos recorren los candelabros llenos de velas, las viejas paredes, las columnas que parecen de piedra, la fuente de mármol que se encuentra delante de una pintura de Dionisio por alguna razón vestido de táig marés.

El aire huele a carne asada. Todos piensan que la comida previa a la bebida será algún tipo de ave.

—Tal vez sea un cisne —dice uno con una risa.

¿No habían sido todos ellos como cisnes, que nadaban con gracia sobre el lago de la disciplina y de las virtudes? Las pocas risas se pierden entre las paredes mientras ven sus reflejos en los platos vacíos que tienen ante sí. Antes de entrar en esa taberna eran bellos, pero la tenue luz de las velas les hace ver los rasgos imbéciles de sus rostros.

“Como el cisne que quizá estén asando, algunos temen que la desgracia caiga sobre ellos y acaben abrasados por las llamas de su conciencia”. Pero ninguno se mueve de su lugar. Se puede ser estoico incluso desde la imprudencia, desde los vicios y desde el cinismo. Sobre todo porque a ambos extremos se encuentran Wéishen y Yamé, rodeados de pupilos silenciosos que no se atreven a retirarse, enjaulados como ese cisne antes de ser sacrificado.

Aumenta el olor del cisne conforme da vueltas el asador. Así muchos estudiantes se sienten quemar. Envidian a aquellos que ya no tienen nerviosismo en sus rostros, a aquellos que ahora tienen el cuerpo relajado, aburrido porque el banquete aún no empieza. Habla Wéishen de lo importante que el alimento en el estómago amortiguará los golpes de los licores, y de que en general el vicio de la gula se divide inevitablemente en comida y bebida.

Los trabajadores de la taberna entran en escena y colocan entremeses y aperitivos.

“Qué desgracia para el cisne haberlo sacado de su lago, para terminar digerido por humanos que han ido a degustar de los vicios”.

Las ensaladas y semillas poco a poco se acaban, y los trabajadores por fin traen en bandeja a una enorme ave. Da igual que sea cisne o avestruz, porque ahora como ellos no puede escapar volando. Sus narices también los retienen; la sed del licor cede ante el hambre de cisne.

Los trabajadores despedazan al ave y la sirven con aderezos y verduras en los platos de los estudiantes. Toda sonrisa patética ahora muestra al pobre cisne sus dientes hambrientos. Wéishen y Yamé son los primeros en dar el primer y largo bocado. Los placeres de la carne no son solamente para los ojos y las manos, sino que también la lengua merece su propia caída en el vicio.

Todos siguen su ejemplo y comienzan a devorar al cisne, sirviéndose

varias veces hasta que se exponen sus huesos.

“Si hay miserias en quemarse en el Lérenh por toda la eternidad, al menos espero que hayas recibido mucho placer a cambio, del cual nunca te arrepientas aunque sufras”.

El cisne ahora es parte de ellos.

Capítulo 12

Ego Sum Abbas

Y levantándose, dijo Wéishen:

—De parte mía y de Yamé, vuestros benefactores en esta trilogía de placeres, os damos la bienvenida a vuestro primer encuentro con el licor. Pero es también mi deber y voluntad ser ante todo fiel a la verdad y a vuestro buen juicio. Todos saben tan bien como yo lo que nuestro próximo placer conlleva, y que así como aporta dichas puede resultar en desgracias, así que aquel o aquella que aún albergue duda, temor o desagrado en su corazón tiene la libertad de retirarse o de participar sólo con los ojos, y a nada se les obligará. Los que decidan poner sus gargantas a participar sepan que tendrán absoluta libertad, y freno no habrá más que el cese del licor por haber ya sido consumido en su totalidad. Pero he de advertir a los que nos acompañen en nuestra taberna, que ni yo, ni Yamé ni ningún otro trabajador tendrá responsabilidad alguna con vosotros; no tenéis derecho a quejaros si os despertareis despojados de vuestras ropas en medio de la calle, en vuestra propia inmundicia, y os pusiereis a gritar “iwafna[1]!”, o a llorar por lo ruin de vuestro destino.

Hizo una pausa para ver los rostros tensos pero resueltos de sus pupilos, y finalizó.

—Ved al alcohol como al destino: así como colma a nuestras vidas de placeres, también se los lleva todos.

Un estudiante se levantó, su mirada temblorosa y con una sonrisa torcida, y gritó:

—iWafna!

Una estudiante se levantó, la misma expresión que su compañero:

—iWafna!

Y todos se levantaron uno a uno, gritando:

—iWafna! iWafna! iWafna!

Wéishen y Yamé se quedaron complacidos y divertidos.

Avergonzados, los alumnos se sentaron y rieron nerviosos.

[1] Así en el original.

Capítulo 13

Bache, bene venies

Llegan en bandejas las copas y las botellas de las manos de sirvientes de rostros serenos, levemente intoxicados quizá del propio vino que sirvieron a la derecha de cada estudiante. Caminaron despacio, haciendo brillar los cristales y los líquidos que cargaban contra la luz de los candelabros.

Tensos y expectantes, observan y escuchan los alumnos los líquidos hacerse cuna en las copas hasta muy cerca de los bordes, vertidos con gracia y lentitud por manos suaves pero de agarre firme.

Veíalos la pintura del Dionisio danzilmarés, cuya sonrisa se agrandaba en tanto más se acostumbraban los alumnos a su presencia, pasando de ser poco a poco algo nuevo e intimidante a algo deseado y grato.

Dieron Wéishen y Yamé el primer trago, y dijo el primero:

—Eres un hermoso vino, vino bien cargado, haces a un hombre valiente, cortés y animado.

Labios jóvenes se acercaron a las copas y se dejaron acariciar por el vino, acostumbrándose a esos primeros toques cálidos y amargos. Poco a poco los labios lo dejaron pasar, las copas exhibiendo lentamente espacios vacíos. La embriaguez necesita su tiempo para maquillarse antes de dejarse ver.

Dijo Yamé:

—Es un buen vino, muy buen vino, haces puros los sentidos y los espíritus.

Méyu: “Esto es lo que atrapa los corazones jóvenes, lo que prende en fuego a sus venas y los hace buscarse para compartir sus ardores”.

Hay sonrisas por los primeros calores de garganta y estómago. Los sirvientes siempre atentos, al fin comienzan a rellenar las primeras copas que se han vaciado.

Dijo Wéishen:

—Qué grandioso vino es éste, dulce y generoso, vuelves toda ocurrencia en gran arte y ciencia.

Bárum: “Este es el calor que pierde y enamora, el que mueve a la risa, a la unidad, a los amores”.

Se han llenado varias veces las copas. Algunas cabezas son metrónomos de lentas canciones silenciosas. En las pupilas se reflejan las brillantes llamas, dilatando formas imposibles que se intercalan unas con otras. La mesa se volvió ondulada y líquida; las paredes, extensas y acogedoras. La embriaguez coqueta empezaba a mostrarse ante su público.

Dijo Yamé:

—Ven conmigo, lindo vino, tuyo es mi cuerpo; haz que todos te veneren, danos tus calores.

Éla: “Esto es lo que deshace los pudores, y que a complacer y ser complacido llama”.

Las voces comienzan a arrastrarse con ecos somnolientos y potentes entre

las paredes. Las luces que rebotan entran deformadas en las pupilas. El leve movimiento del mundo que mueve al asombro y la risa no distingue entre rostros, cuerpos y formas inertes.

No sabía nadie si el abrazo del vino engañaba a los sentidos para distraerlos de la verdad del mundo, o si en cambio favorecía su auténtica contemplación sin los filtros de la sobriedad.

—Acepta, buen vino, en mi sangre tu santuario; hazme volver a esa infancia de los sentidos.

Dionisio contemplaba las copas vaciándose y llenándose, más rápido conforme las mentes más se maravillaban de las simplezas de ese fragmento del mundo. Y los vio poniéndose de pie y acariciando y siendo acariciados, felices ante cada imagen y cada sonido, recién nacidos que se saben experimentadores del mundo.

Orgullosa se exhibía la embriaguez.

Capítulo 14

In Taberna Quando Sumus

Poco importa dónde se siente uno en la taberna cuando el mundo, por pequeño que sea, se desnuda ante los ojos y oídos, que con pupilas dilatadas y tímpanos tensados poco distinguen si las imágenes y sonidos son transportados por aire o agua. La sorpresa de la nueva experiencia invita al silencio mientras la lengua se da cuenta de que no se encuentra aún demasiado adormecida, y por un rato todo son miradas perdidas con sonrisas descontroladas.

Wéishan, aún con su porte dominante pese a los constantes cabeceos, lidera la velocidad a la que las copas se siguen vaciando, siguiéndolo los estudiantes como su única figura concreta en ese mundo de líneas y colores entremezclados.

Muchos se sienten abrumados por un calor gradual que termina por volverse insoportable; comienzan a verse prendas que por descuido caen al suelo cuando sólo pretendían ser puestas a un lado de sus dueños. Algunas pieles sudorosas empiezan a refrescarse; hay muchos brazos y piernas, algunos muslos, unas pocas espaldas y abdómenes, y durante las desenvolturas empiezan a salir risas como provocadas por cosquillas, y murmuran a medias voces para sí mismos o para los que tengan al lado. Muchas manos se sienten curiosas de tocar, recordando el frescor de la alberca y la embriaguez del agua. Se retuercen en risas también al sentirse tocados y no percibir en sus tactos carne humana nítida. Yamé aporrea su copa en la mesa y se levanta, haciendo que los curiosos de ese nuevo estado se detengan.

—Demos comienzo al juego que hemos preparado para vosotros, esperando que sea de vuestro disfrute y os rete en vuestro control. Aun al hablar con ciertas vocales y consonantes tambaleantes, eran mandamientos sagrados a los que ninguno se atrevió a darse el lujo de no poner toda la atención que sólo es posible para un cerebro inmoderado. Fueron incitados todos a ponerse de pie mientras los sirvientes se acomodaban a la cabeza de la mesa, junto con los dos reyes, e instalaban lo que les pareció un embudo de cristal lleno de varias mezclas hasta la obscenidad. Yamé demostró cómo al poner la copa bajo el embudo y dejar abrir una válvula, el anhelado líquido salía con tanta fuerza que la copa se llenaba de golpe. Una vez dispuestos todos en círculo en torno a la mesa, apoyándose algunos en ésta a causa del aturdimiento de su equilibrio, se les dio la instrucción:

—Ahora todos han de llenar sus copas, y antes de darle toda la vuelta a la mesa la habrán de vaciar por completo, para luego volver a llenarla y repetir el circuito. Los dos que más hayan podido dominar a sus cuerpos sin colapsar, recibirán un premio en nuestra última reunión: nosotros mismos, Yamé y Wéishen, a la disposición de lo que deseen.

Hubo una ebria ronda de gritos de júbilo y aplausos, y los

entumecimientos que acalambraban el equilibrio de muchos retrocedió para darle fuerza a las piernas y coordinar los ojos y las manos.

—Una cosa más —interrumpió Wéishen—, por cada uno que pase, debe ofrecer un brindis, por lo que sea, y no se pueden repetir.

Toda instrucción y regla fue entonces grabada en sus cerebros como si no hubiera nada fuera de ellas. Como para motivar un poco más, ambos premios usaron como excusa sus propios bochornos para liberarse un poco de sus envolturas.

Comienzan los brindis:

—Uno por Yamé y Wéishen.

—Dos por los estudiantes cautivos.

—Tres por la vida misma.

—Cuatro por los religiosos y ateos.

—Cinco por los mártires de la vida.

—Séis por los enfermos de cordura.

—Siete por los soldados de la educación.

Se alzan las copas con apresurada ceremonia, vaciándose en las gargantas durante la torpe caminata en torno a la mesa para volver a hacer fila.

—Ocho por los que han perdido el camino del mundo

—Nueve por los que se han perdido en el sendero del mundo.

—Diez por los que viajan por el mar.

—Once por los que aman los pleitos.

—Doce por los que se arrepienten.

—Trece por los que no temen caminar.

Y cada vez más rápido, y con menos soltura de lenguas:

—Por los reyes.

—Por los emperadores.

—Por los príncipes.

—Por los kéreny.

—Por los papas.

—Por los monjes.

Sin más ley que la permitida por los músculos entumecidos, bebían.

En otros incontables lugares del mundo, sabíanse los estudiantes bien acompañados en su cálido delirio por sus compañeros de realidad en sus propias ensoñaciones. Todos íntimamente unidos como sólo la sangre intoxicada lo hace sentir a uno con otra sangre intoxicada, todas mezcladas como sangre de hermanos.

Beben el amo y la ama de una mansión en su lujosa habitación, en copas finas, líquidos más antiguos que sus arrugados pellejos, frente a una chimenea de fuego suave.

Bebe un soldado el que podría ser su último trago, y nunca le supo tan dulce el calor que recorre su espalda.

Bebe un sacerdote en secreto mientras escucha a un fiel desbaratar su propia vida pecaminosa.

Beben un hombre y una mujer, para ver si así uno se vuelve más tolerable para el otro.

Bebe un sirviente junto a una sirvienta en sus momentos de descanso,

debajo de una escalera donde el olor del alcohol no escapa muy lejos.
Bebe un hombre con demasiada energía para ver si así se calma un poco.
Bebe un hombre sin energía para ver si se anima a hacer algo.
Beben un blanco y un negro juntos, confesándose que en términos de parejas prefieren a las de la raza contraria.
Bebe el perseverante porque le sirve para seguir perseverando.
Bebe el perezoso porque le ayuda a seguir sin hacer nada.
Bebe el ignorante, y cree que ha descubierto algo.
Bebe el sabio, y cree que lo ha olvidado todo.
Beben un hombre pobre y un hombre inválido; uno lamentando la pobreza de su bolsillo y el otro la pobreza de su cuerpo.
Bebe el hombre al que han echado de su tribu bajo un árbol a la luz de la tarde.
Bebe la gente desconocida que pasa a tu lado en la calle apenas no hay nadie viendo.
Bebe el muchachito un trago de una lata del refrigerador que debía dar a su padre.
Bebe el anciano rebelándose contra las exigencias de su maltrecho hígado.

Beben los presidentes antes y después de sus discursos, reuniones, entrevistas, y para aprobar sus nuevas leyes.
Beben los malos maestros fuera de la vista de sus alumnos; los buenos, junto con ellos.
Beben los monjes y monjas que han encontrado un camino más seguro a una experiencia espiritual.
Beben las viejas en círculo exhalándose humo en las caras.
Beben madres con sus hijos, estén éstos fuera o dentro de ellas.
Yo bebo, tú bebes, usted bebe, él bebe, ella bebe, nosotros bebemos, vosotros bebéis, ustedes beben, ellos beben, ellas beben. Éste bebe, ésta bebe, éstos beben, éstas beben, ése bebe, ésa bebe, ésos beben, ésas beben. Algunos beben, algunas beben, muchos beben, muchas beben, pocos beben, pocas beben, ambos beben, ambas beben, todos beben, todas beben, sendos beben, sendas beben...
Bebe uno, beben dos, beben diez, beben cien, beben cientos, beben mil, beben miles, beben cientos de miles, beben millones, beben cientos de millones, beben miles de millones, beben billones...
Pero uno a uno caen cuando el espacio en sus estómagos y venas es insuficiente para el diluvio que intentan forzar en ellos, cuando ya delirando y tropezando pretenden recoger con la lengua las ligeras gotas del líquido que aún no se derrama por el suelo. Mudos excepto para reír y balbucear, se rinden ante el suelo y se revuelcan contra las paredes o uno contra el otro, el mundo está borroso al otro lado de una cortina suave de sensaciones enigmáticas.
Que beban cuanto quieran. Así es como ha de sentirse un bebé nuevo en el mundo: aterrado pero fascinado, sin control de sus músculos ni de su estómago, embarrado de sus propias secreciones sin sentirse desgraciado por ello, sin saber por qué se siente tan triste ni tan feliz.
No caigamos en la tentación de fruncirles nuestros ceños ni de mirarlos

desde arriba con la frente en alto, pues sólo son una cara más que todos tenemos debajo de la nuestra.

Que quien no reconozca en el ebrio su propia humanidad, y por ello le sea cruel, no sea inscrito en el libro de los virtuosos.

Capítulo 15

Amor Volat Undique

V. Cour d'amours

Era la tarde tranquila, refrescada por los nuevos vientos del otoño, que borraba poco a poco los calores que había traído el verano. En Ítumi eran los últimos días en los que descansaba de ser escuela, y los niños aprovechaban para correr entre sus árboles y los ancianos para pasear alrededor de sus estanques. Muchos alumnos están también reunidos ahí, quizá para bajar con tanta quietud la resaca que aún tenían en sus emociones desde la reunión en la taberna, aunque hubieran pasado ya más de dos semanas. Pero algunos de ellos sólo usan sus caminatas sosegadas y pacíficas para ocultar que sus mentes ya están con la mira en la última reunión. Corazones laten acelerados tras músculos faciales relajados, espaldas perezosamente comprimidas contra el pasto suave, y respiraciones lentas como regocijándose por la visión de los inocentes niños que, perdidos en sus juegos, ignoran el placer de la quietud. Pero el amor volaba por doquier, o más bien los sentimientos dulces y amargos del deseo controlaban sus sentidos para detectar la presencia de aquellos que más les encendieran la sangre de las venas.

Éla observa, pero en seguida desvía la mirada para ser mejor observada.

Óira: Yo ya he elegido a Dézen, y de él a nadie más.

Éla: ¿Cómo es que, dándonos la oportunidad de deshacernos por un rato de todo obstáculo, decides imponerte un propio límite en vez de dejarte fluir como el cuerpo merece?

Óira: El vino da placer a unos; la cerveza a otros. Habrá quienes los combinen y disfruten de lo que aquellos que no sienten la misma urgencia nunca podrán.

Éla: ¿Por qué no degustar todas las formas, si así es que el escenario nos lo permite con libertad?

Óira: Quizá sea verdad que de nuevos sabores he de perderme, que mi piel se pierda por siempre de exóticos roces y mis músculos nunca sean apretados por esos calambres que me dejen sin aliento.

Y por delante de ellas pasan de nuevo especímenes, tanto para evaluar como para ser evaluados.

Óira: Mas lo importante es que mi compañero es también el que más a mis más delicados instintos pueda hacer temblar, no tanto en lo que a mis nervios proporcione, sino también que mis auténticos suspiros su sola presencia haga brotar. Tu gozarás con toda tu piel, pero a mí sólo uno con tan sólo su voz me hace sentir sus manos, con tan sólo sus miradas me hace sentir sus brazos.

Éla: Yo nunca he conocido ese calor de un compañero, y los placeres que en solitario son posibles de conseguir los imagino inexistentes en comparación.

Óira: Cada noche que pases, te sentirás al borde de un abismo por el que querrás desesperadamente saltar, porque ahí al fondo es tan cálido y luminoso. Tu corazón anhelará y clamará por salirse de tu pecho para saltar hacia el pecho de tu compañero. Y dormirás y sentirás que hay alguien en tu lecho; sentirás un peso que se hunde a tu lado y una calidez reconfortante. Te darás la vuelta y verás aire. Tus sentidos adormecidos te harán caer de nuevo, y volverás a sentir el espíritu de tu amante hasta la desesperación.

Pero aquellas parejas de jóvenes y ancianos que pasean no tendrán que ver aire cuando se retuerzan en la cama, sino que atraparán carne y piel que no tardará en intentar fundirse con la carne y piel propia. El mismo aire viajará entre los dos pares de pulmones, absorbiendo uno el oxígeno que el otro no pudo aprovechar; material genético será también compartido en ambas bocas, sin asco ni pudor, pues llega el punto en el que lo ajeno lo sienten propio.

Éla: Cuán amargo destino.

Ha sido decidido que el celo humano no sea menguado por los fríos próximos, sino que, como pocos otros animales gozan, para el placer sea siempre primavera.

Capítulo 16

Dies, Noxe Et Omnia

Bárum hubiera preferido esconderse tras el grueso tronco de cualquier árbol, pero se hallaba expuesto en las bancas del área común, ahora convertida en paseadero donde los invitados temporales perdían el tiempo. Mantiene la mirada baja, porque a la distancia de la mirada ha detectado a Yamé con un pequeño séquito de discípulas, elegantemente disfrutando de las caricias del viento que tan bien les llega del mar. No había noche ni día, desde la reunión en la taberna, en que no sintiera que todo se había vuelto en contra suya, aun en su supuesta suerte.

“Eres el ganador.”

Pero la imagen de Yamé parecía cegarlos.

“¿Con qué valor ha de reclamar mi premio?”

Pero la charla ininteligible de las aún vírgenes se sentía debajo de sus ojos, y en creyendo que se habían dado cuenta de él y lo juzgaban por no ser un ganador digno, reza a los dioses para no derrumbarse.

Sus suspiros cada vez son más fuertes, más hambrientos de aire. No puede ni rodar los ojos hacia ahí, pues teme que esos oídos le hayan escuchado suspirar.

Pero era verdad que las vírgenes hablaban del casto, pero de él poca opinión compartían, ni favorable ni condenatoria. Yamé seguía sonriendo sabiéndose observada, y con la misma sonrisa apaciguó las voces de las vírgenes.

“Ni mis amigos han sabido aconsejarme.”

Ellos también han jugado y han perdido. Se alegran de tu suerte, pero fuera de ello en nada pueden ayudarte. Ellos estarían igual.

Alguien se sienta a su lado. Wéishan ha acudido a su triste llamado.

“Por tu honor compadécete de mí, quien ha ganado lo que no merece y para lo que no está a la altura. Aconséjame para calmar un poco mi tristeza que debería ser dicha, y este dolor en el pecho que debería ser de emoción en vez de temor.”

—Nada es realmente merecido; todo es arrebatado de un modo u otro.

“Con tu poder aparta este peso de mis hombros.”

—Mi poder es tu poder, pero mi voluntad no es tu voluntad.

“¿Cómo poder estar frente a ella, tal y como el premio reclama?”

—Cierto es que en el agua te abstuviste con valor, no permitiste a tus manos rozarle una célula. Ella lo notó; no lo dice, pero está molesta de que alguien haya aguantado.

Entre ellas está Méyu, la virgen que se ha ganado a Wéishan. Su vergüenza al saberse observada por su premio es de tal intensidad que esconde la cabeza en el regazo de Yamé.

—Un coloquio similar está desarrollándose de aquel lado. Mi futura dueña se siente insignificante; preferiría ser enterrada viva que reclamar mi cuerpo.

“La imperfección no puede reclamar la perfección como premio.”

—Los imperfectos son los que se imaginan a los perfectos; ellos les dan forma y alma. Esto siempre lo olvidan.

“Otros te habrán modelado a ti, pero yo me basto con un poco de tu sombra.”

—El perfecto no se pertenece a sí mismo.

Por primera vez levanta Bárum el rostro, y la luz de Yamé cae sobre él desde lo lejos. Ese calor frío se queda en su espalda, pero el miedo cede ante la finura y delicadeza, así como la maternidad y seducción, de esos ojos entrecerrados, ante la línea solemne y ansiosa de la boca, y ante la pose del cuerpo levemente inclinado con la espalda en sutil curva. El pecho prominente lo incita con una respiración que emula a sus suspiros.

—Ella te acepta.

“Poco he hecho”.

—La vida tiene sus estándares; casi ningún habitante suyo los entiende. Déjala deleitarse contigo también.

Bárum ahora está solo en la banca. Yamé apenas mira a sus discípulas mientras adormece a Méyu en su regazo, y de la nada cierra los ojos y deja a sus labios emular la suave caricia de un beso en el aire. La resurrección a la vida ha comenzado.

Capítulo 17

Stetit Puella

Iba Méyu por el camino del puente. Las manos de Yamé habían dejado su calor en su nuca y espalda, pero pronto empezaba a enfriarse por el atardecer y el lago.

Me vieron sus profundos ojos, gentiles y llenos de confianza. Su sonrisa era posesiva y consoladora. ¿Qué has evaluado de mí? ¿Qué has encontrado de excitante en mi imperfección?

Escondía su cara tras sus manos rojas, una máscara que no la dejaba ver las ramas de los árboles bailando con los rayos del sol reflejadas en el lago, ni las flores que en su superficie dormían mecidas por el viento y por el nado de las ranas, ni a las libélulas que hacían de las plantas acuáticas nidos para sus ninfas, ni las hojas moribundas pero aún brillantes que llovían sobre las aguas, creando círculos que hacían vibrar a todos los reflejos.

Estaba Méyu parada en el puente, con la cara tapada, imaginándose cubierta por una manta que la escondiera. Una mano se posó en su cabeza. La manta se desgarró, las manos se apartaron de su cara, los ojos veían fantasmas.

Era la mano firme y fuerte, pero de tacto suave y reconfortante, cálida y cuidadosa con sus cabellos, pero imponente contra los huesos de su cráneo.

Escucha una voz profunda y suave junto a su oído:

—Una muchachita se detuvo sobre el puente, tímida como el capullo de una rosa. Pero por debajo de sus manos su cara era radiante, y su boca una flor. ¡Qué bonita era!

La mano de Wéishan se mueve suave al ritmo de su propia voz. Tiene Méyu la espalda derretida y la cara ardiendo. La vuelve a esconder entre las manos. Unos labios le aterrizan en medio de los cabellos. Se le apretaron las piernas, se le contrajo la espina. Un suspiro y un gemido salieron de su boca.

Wíshan se alejó, y la dejó trémula y sin fuerza en las piernas.

Íba Méyu saliendo del puente. La sangre bajo su piel y la sonrisa en su boca eran la nueva marca de su cara.

Capítulo 18

Circa Mea Pectora

Abren Genáo y Níma las puertas del gimnasio, cada uno a la espera de sus compañeros para darles instrucciones, y en sus pechos había un corazón cuyo latir les llegaba a los oídos; pequeños timbales que en cualquier momento los ácidos de la espalda podrían hacer acelerar hasta reventar sus membranas. Entre sí se miran y se sienten latir al mismo tiempo, ambos pares de pupilas se dilatan. Salen a la noche, bajo las nuevas estrellas y la luna llena, a esperar en la oscura escuela a que se congreguen todos. Pero ¿cuánto más podrían esperar? Adrede se mantienen alejados, fingiendo mirar hacia el suelo o hacia el cielo. Figuras discretas empiezan a entrar por las puertas de la escuela, como sombras que no pueden ser descubiertas, pese a que no hay nadie que les bloquee el paso. Y en los pechos de todos laten al mismo tiempo los corazones y salen suspiros cálidos. Se encuentran entre sí, y sus figuras son tan apetecibles que no poder acercarse aún es doloroso. Pero todos van hacia el mismo lugar, hacia el único edificio de toda la escuela donde hay luz, donde todos saben que ha sido todo preparado para esa noche, y recordarlo todo acelera los pasos y los timbales dentro de los pechos.

“¡Ha venido Yéyán, el de las piernas fuertes!”

Es necesario detenerse un momento para darle prioridad a la vista, y de tener tiempo para regocijarse.

“Mi amante también ha venido.”

“Mi amante aún no llega.”

“¿Vendrá ya mi amante?”

Se murmuraban apenas llegaban a las puertas del gimnasio, donde fueron instruidos a esperar, faunos a la derecha y ninfas a la izquierda, descansando en colchonetas.

Genáo se acerca a Níma, su lista en la mano:

—¿Hay el mismo número?

—Yo así lo tengo.

—¿Pero no cuentan Yamé ni Wéishen?

—Los ganadores deben ir aparte.

Y aprovecha él para verla a los ojos, que frente a él son brillantes, pues son posada de la luna en el cielo.

El gimnasio se va llenando despacio. Apenas llega Bárum, Genáo le indica una silla especial del lado de las chicas, y apenas llega Méyu, le indican su lugar del lado de los chicos.

—Me faltan sólo cinco —dice Níma.

—A mí seis —dice Genáo.

“No hace falta luz aquí, si tenemos tus ojos.”

Allá afuera la noche parece el abismo del fin del mundo.

“Mi amante ya ha llegado.”

“¿Por qué no llega mi amante?”

“Ya quiero que llegue mi amante.”

Salen de entre las sobras las esbeltas figuras de Yamé y Wéishen, que solemnes y dominantes emergen hacia la luz, ambos finamente vestidos de gala, tomados de la mano.

—Ya casi llegan todos —dice Níma, entre tartamudeos, entre respiraciones de pez fuera del agua.

Sale Óira a su encuentro, que avisa que los dos grupos están nerviosos.

—Démosles un poco de tiempo —dice Yamé—, déjenlos mirarse un rato más; que la tranquilidad anteceda a la tormenta.

Van cada uno a sentarse entre sus discípulos, que los rodean en círculo, dispuestos a escuchar las palabras de sus mentores en preparación a la tormenta.

Llegan los últimos chicos y chicas, y tal como han sido instruidos, Genáo y Níma cierran las puertas.

—Ya no falta nadie...

—No...

“Quiera dios, o más bien todos los dioses...”

Ambos se dirigen a sentarse a sus respectivos grupos, sin apenas dejar de verse.

“...que quieran concederme mi deseo...”

Escuchan poco, suspiran mucho, laten mucho, se estremecen mucho.

“... de poder romper yo...”

Se levantan los mentores de golpe.

“...sus lazos virginales...”

—Ya es hora —dice Wéishen.

—Id a lavaros a las duchas —dice Yamé—, pero volved vestidos, pues todo regalo merece ser desenvuelto a la vista del que desea.

Y obedecieron todos, en un orden tan silencioso y con tanta calma, que pareciera que alguna voz autoritaria inaudible los azotara.

Se lavan todos no sólo las impurezas que han recogido del exterior, sino también más importantemente todo rastro de culpa. Los jabones serán sustituidos por otras manos, las zonas sensibles del cuerpo dejarán de ser privadas, sino propiedad de otro.

Las duchas se vacían y el gimnasio vuelve a llenarse.

“¡Qué alegría, mi amante ya está aquí!”

Capítulo 19

Si Puer Cum Puellula

Óira fue la última en salir de las duchas, pero fuera se encontraba Dézen. De nadie salió palabra alguna cuando se encontró empujada de vuelta hacia las duchas, y dio un brinco al escuchar la puerta cerrarse de golpe. Dézen se encontraba frente a ella, suspirando y desesperado. Los pulmones de Óira imitaron esos suspiros, su mirada se pegó a la suya. "Eran el muchacho y la muchacha encerrados solos en una habitación. Si eso ocurre, esperemos que sea feliz su unión."

Dieron a la vez un paso hacia el otro, pues sabían qué ahí donde hay dos, y hay a la vez candor e intimidad, la naturaleza dicta que debe haber una unión.

"La prudencia, el tedio, la seriedad se desvanecen."

Los brazos se entrelazaron. En medio de ellos toda vergüenza es desechada.

"El cuerpo se pone a demandar atención

Exige al cuerpo del otro que calme ese nuevo ardor."

Comenzó un juego caótico, inefable, indescriptible, carente de orden y estética, entre sus brazos, sus dedos, sus lenguas, sus labios, sus piernas, sus espaldas.

Sabían que todo eso debía pasar, si el uno yaciera con la otra en una habitación. La realidad dictó y ellos obedecieron.

Sea feliz su unión.

Capítulo 20

Veni, Veni, Venias

Venid, venid, venid uno frente al otro, encárense y contéplense. Están recién limpios, pero siguen cubiertos. El regalo debe ser desenvuelto para ser admirado propiamente y para poder jugar con él. Yamé y Wéishen les indican que se aproximen y abran los regalos, que arrojen lejos los envoltorios para que no estorben.

Todos los corazones arden de tanto correr dentro de los torsos, pero uno a uno se van acercando y retiran las envolturas del macho o la hembra que tengan en frente.

Ven, ven, ven rápido a despojarme de lo que te impide contemplarme y disfrutarme. Si has de hacerme morir de vergüenza o deseo, que sea de éste último.

Y más rápido empiezan a volar las prendas, dejándose e incentivando que se les arranque con desesperación. Y empiezan a aparecer campos y colinas suaves, páramos extensos, manantiales secretos, lagos dulces, montañas luminosas, valles profundos y campos cálidos, contemplados por primera vez por nuevos soles.

Se ve ahora más que la belleza de los rostros, que el brillo de los ojos, que los rizos de los cabellos.

Ven, ven, ven a descubrir mis selvas y desiertos, mis bosques y mis tundras, mis océanos y mis glaciares.

¡Qué gloriosas creaciones se someten al ojo y a la mano!

Las envolturas del mundo se van agotando, se van apilando a lo lejos.

Wéishen y Yamé también se desenvuelven el uno al otro, y con más fuerza que nadie arrojan desquiciados sus pocas protecciones contra las miradas morbosas. Salen al descubierto los cuerpos como esculturas, tallados cada uno como si la masculinidad y la feminidad se hubieran materializado y hubieran creado su mejor obra con los materiales más deslumbrantes. El paraíso terrenal se había hecho carne.

Las mejillas se vuelven más rojas que las rosas, la respiración es más profunda que el dolor, el corazón late más rápido que la vergüenza, las espinas segregan más ardor que si contemplaran a la muerte.

Y terminan así de descubrir esos nuevos mundos con un último frenesí de impaciencia. Vuelan las últimas defensas casi hechas jirones, sólo el aire acaricia y refresca ahora los nuevos mundos que se han abierto para ser conquistados.

Ven, ven, ven a tomarme ahora, el mundo está listo para ser explorado y vejado.

Ven, ven, ven a moldear el nuevo mundo a tu antojo, pero siempre glorificándolo.

Capítulo 21

In Trutina

Entonces todo el ambiente se volvió suave y silencioso cuando Yamé empezó a caminar entre la fila de hombres y mujeres. A ambos lados se sentía una calma y paz tan grande al contemplarla que bien hubieran caído dormidos si no fuera por la excitación de sus cerebros, que pese a dejarlos con las espaldas ácidas y las piernas frágiles, los mantenía elevados y muy atentos. Era un sueño lúcido donde los sentidos están alerta pero el cuerpo está entumecido.

Yamé habló entonces, más como un canto dulce y seductor:

—Ahora, estimados, os encontráis todos en una gran balanza como nunca antes lo estuvisteis. Os sentís inciertos, y toda la razón que tienen en la cabeza vacila. En el primer lado de la balanza se encuentra el deseo, vetado durante toda vuestra vida, misterioso y que se os ha dicho que os perderá, que de sucumbir ante él os volveréis desgraciados por el resto de vuestras vidas, y que no tenéis derecho a él hasta que seáis manzanas listas para ser comidas. Del otro lado está el pudor, gran virtud de los pacientes, de los que prosperan, de los obedientes, que los mantiene encaminados al camino justo, el único que podéis seguir para ser seres sanos. Estáis vosotros ahora en el medio de la balanza, y ahora tenéis que elegir.

Se paseó un poco más entre ellos, mirando como tenían la cabeza baja, no temerosos ni confundidos, sino tomando valor, sabiéndose frente a dos caminos que no podrían desandar una vez adentrados en ellos. Yamé, volvió lentamente al lado de Wéishen, y apropiándose de él con sus brazos, apretando sus formas con las de él, continuó:

—Cada uno debe escoger si se someterá al deseo o al pudor. Por nuestra parte no hay gloria ni vergüenza en ninguno. Escoged ahora al pudor e iros, o escoged al deseo y quedaros. Yo por mi parte elijo lo que veo y siento ahora, lo que ahora mismo es mío; no lo voy a dejar por promesas de lo que podría ser. El deseo me da libertad; el pudor, me la quita. Siempre se ofrece uno a un yugo, siempre es uno esclavo de algo aún en la libertad. Todo yugo os apretará el cuello y os hará arrodillaros, sea que escojan el deseo o el pudor. Yo ya le he ofrecido mi cuello a un yugo, al más alto de todos, en el que más valor encuentro. Es mi voluntad, desde lo más profundo de mi libertad, someterme a éste, el más dulce de los yugos.

Todos respiraron con más tranquilidad la dulce atmósfera que emanaba de las palabras de Yamé. Se quedaron quietos y levantaron las cabezas con mayor seguridad. Aquellos en los que aún había duda, ésta había quedado enterrada. Los ganadores, Méyu y Bárum, se acercaron resueltamente a sus premios con la frente en alto, pero con humildad en los ojos.

Los demás también eligieron ese dulce yugo.

Capítulo 22

Tempus Est Iocundum

Se abalanzan entre sí. Termina el tiempo de la vergüenza y comienza el tiempo de la alegría. Con voracidad se encuentran los labios, las manos, las pieles, los cabellos, hasta ser masas sin forma que ruedan por el suelo. Doncellas y mozos, que han elegido seguir esta ruta, gozan de ella sin pudor.

Y se llena todo de voces embriagadas. Y se sienten todos florecer. Todo por dentro se quema. Un nuevo ardor, una nueva forma de amar, no sentimental pero sí sensorial, los hace sentir al borde de la muerte.

Yamé y Wéishen han tomado a los ganadores y con fuerza les han hecho exploradores de sus mundos. Recorren todas las montañas, acantilados, ríos, océanos, desiertos y cielos que en cada creación es nueva y exuberante. Se abren las flores con violencia hacia el sol y el cielo, encarando con cinismo al viento que las sacude. Vuela el polen sin control por el aire; que el destino elija en qué flor habrán de caer.

Llueva en los océanos, en los desiertos, en los árticos, pero no en los campos fértiles, que sólo han de explorar y manipular, pero no crear.

Pero suben las voces, esta vez con más aire. Todo el peso de la juventud inunda los valles inexplorados; con las manos se aferran a los pastos y a las cortezas, con los labios degustan los jugos de los frutos al alcance de la mano. Quema todo viento a los viajeros. El amor a la nueva sensación ha surtido un efecto más ardiente que el de los licores. Mueren por explorar más valles, planicies y barrancos de esos nuevos mundos.

Yamé y Wéishen han pasado de ser los líderes a ser los liderados. Méyu y Bárúm dejan a su nueva hambre despertar y se apoderan posesivos de las riendas de los nuevos mundos. Moldean montañas, crean páramos, soplan huracanes con el poder de sus cuerpos. Los mundos son atacados por violentos terremotos que sacuden los mares, los bosques, las estepas. No gozaron los dioses más al moldear ese mundo que todos los estudiantes al manipular y someter a la fuerza de su agarre a todos esos pequeños mundos. Por tantos años fue para ellos invierno, y en su paciencia habían de consolarse con que un día su primavera llegaría, y anhelaban imaginándose cómo sería poseer otro mundo, cómo el sol de esos cielos les calentarían la piel.

Éla cumple su cometido y no se contenta con un sólo mundo para explorar, sino dos, o a veces incluso tres, o cuatro. Tantos mundos nuevos la apabullan y siente el suyo temblando desde su núcleo.

Y las voces se vuelven caóticas. Aunque son jóvenes se sienten rejuvenecer. El amor por conocer es más fuerte que el amor por cualquier otra cosa en ese momento. Siguen buceando en los mares de ese nuevo amor.

Los mundos se sienten derretir cuando los viajeros juegan con sus valles inexplorados, moviendo de lugar a sus montañas y peñascos. Qué simple

es todo con tan sólo un estímulo, qué sencilla felicidad hay en sentir los pasos de otro recorriendo tus selvas y nadando en tus mares. Qué dulce terremoto el que se produce cuando aprecian tus amaneceres y anocheceres, cuando intentan romper con fuerza tus continentes. Qué ardores tan profundos produce la fuerza del otro.

Óira y Dézen salen para unirse al resto de sus compañeros, pero son los únicos que se contentan con sólo explorarse entre sí, pues sus ardores no son sólo para un planeta sino para sus universos enteros.

Pero las voces se vuelven incomprensibles. Todos los cuerpos entran en el trance. Sólo la juventud puede regalar algunos calores, así como el primer aliento y el primer alimento proveen los primeros alivios de la vida, así el nuevo descubrimiento del amor carnal proporciona el inicio real hacia la vida, tras la cual habrían de morir.

Genáo y Níma han recorrido muchos mundos, pero la fuerza entre los suyos es más fuerte y se magnetizan entre sí de tanto en tanto, luego se separan, exploran más mundos, y vuelven a explorarse como si nunca lo hubieran hecho.

Yéyan también es uno de los más explorados, experimentando las viajeras las muchas virtudes de la fuerza de sus piernas.

Cada uno llama a su amante de turno. Las energías comienzan a descender. Pero aún así se buscaban con fuerza, clamando cada uno por alivio para sus ardores. Poco a poco los ritmos pierden fuerza, pero sin detener su marcha por ningún instante. Yamé llama a sus hermanas a adoptar la posición de los tiempos primitivos, la más vulnerable y cómoda para sus formas. Wéishen llamó a sus hermanos a adoptar la posición de sus ancestros, cuando no había más techo que el cielo y los árboles, la más posesiva y óptima para sus vigores. Quedan así todos enfilados, unos al lado de los otros.

Y todas las voces ahora remontan una lenta pero fuerte intensidad.

Floreían todos ante la nostalgia genética de los tiempos primales de su especie. Las energías sufren un nuevo empuje antes de que los terremotos y los volcanes comiencen a estallar. Las creaciones quedan sumidas en lava, maremotos y huracanes que dejarán marcas permanentes hasta el fin de sus días. Todos los mundos se consumen por el fuego y el movimiento. Se sienten morir, pero sólo están brotando de nuevo.

Capítulo 23

Dulcissime

Todo se ha detenido excepto para Yamé y Wéishen. Los demás están en silencio reponiéndose de sus viajes. Acostados uno al lado del otro, algunos aún se abrazaban y manipulaban con suavidad mientras las respiraciones se tranquilizaban. El mundo está mudo excepto por las voces de la garganta de Yamé, que con dulcísimos cantos agudos se entregaba por completo a Wéishen.

Capítulo 24

Ave Formosissima

VI. Blanziflor et Helena

Qué hermosísima se ve la ceremonia de clausura del instituto Ítumi. En multitud bajo el suave sol de la mañana, parcialmente oculto tras densas nubes blancas, se reúne la multitud para ver la entrega de los diplomas de los alumnos del tercer año. Suben uno a uno a la tarima ante las miradas contemplativas de los compañeros. A sus espaldas está el edificio central, que parece brillar como un segundo sol más fresco.

El último adiós a la escuela que los albergó tres años. Una gema preciosa para la sociedad de los danzilmarenes, la cual una vez más a formado y guiado a una nueva generación lista para llevar al país al futuro. Cada uno de los que habían participado en las tres reuniones respiraba en éxtasis el aire húmedo de esa mañana, memorizando con la piel la sensación del viento y el poco calor del sol.

Pasan al final a tomarse las fotos, a compartir las últimas palabras con los profesores y los compañeros de los demás años. Qué gloria se siente ahora, qué bella doncella es ahora la escuela ahora que la han superado. Algunos casi lloran viendo de nuevo sus caminos, sus edificios, sus estanques.

Qué glorioso se sentía el aire, el sonido de los zapatos, el olor de los árboles y la visión de la multitud que se reunía a compartir con ellos su alegría. Wéishen y Yamé se reúnen por última vez con sus discípulos; se dejan rodear una vez más y les comparten sus últimas palabras juntos: —Ustedes son ahora la luz del mundo; vayan a iluminarlo.

Los alumnos se dejan liderar por Wéishen y Yamé hacia la salida, como su último acto de agradecimiento por los placeres que les habían provisto. Los alumnos sonrían como monjes que se saben apenas al comienzo de su camino, pero están satisfechos por tan sólo tener la oportunidad de recorrerlo. Salen del instituto y se detienen. Wéishen y Yamé, voltean a contemplar a sus discípulos y luego hacia la escuela, cuya cúpula principal parece una enorme rosa blanca que los despide con su fulgor sereno, como hecha de nubes. Los alumnos los imitan y contemplan por última vez ese santuario creador de disciplina, al cual tras mucho tiempo de conspirar en su contra se encontraron reconociendo su valor. Todos los rostros que hemos conocido durante este viaje volvieron a verse a sí mismos una vez más en sus aulas y en sus caminos, tanto para someterse a ella como para rebelarse.

Wéishen y Yamé de repente se arrodillan y le ofrecen un humilde salido de cabeza. Los alumnos los imitan uno a uno hasta que todos se hayan ofreciéndole la cabeza en señal de respeto a la escuela. El cielo se abre y

el sol hace brillar con un blanco ardiente la cúpula de la escuela; sus rayos rebotan hacia los estudiantes que le ofrecen sus respetos y los abrazan calurosamente.

Poco a poco comienzan a levantarse y, dando algunos un último vistazo a la cúpula, se van alejando lentamente en diferentes direcciones: Méyu y Éla hacia la derecha, seguidas de Dézen con Óira tomados de la mano; Genáo y Níma hacia la derecha, muy juntos pero sin tocarse, seguidos del cabizbajo Bárum. Yéyan cruza la calle de en frente, primero sólo pero es luego alcanzado por otros. Así, muy despacio, el frente de la escuela se vacía conforme los alumnos van desapareciendo en todas las direcciones, quedando ante ella sólo Wéishen y Yamé.

Capítulo 25

O Fortuna

VII. Fortuna Imperatrix Mundi

¡Afortunados! Así debían sentirse los estudiantes del último año del instituto Ítumi de Ákelos, esa fría mañana cuando entraban a la institución mezclados con los de primer y segundo año. Pero sabían que, al igual que la luna cambia cada noche, su suerte era variable e inquisidora.

[Méyu se volvió abogada, nunca perdió un juicio salvo el más importante]
Los niños de toda Danzílmar cuya genialidad fue prontamente captada por padres y maestros, encontraban en Ítumi la extraña amalgama entre la libertad y el encierro. Ávidos de saber, o al menos ávidos de la vida prometedora que los esperaba al salir, pasaban las horas entre los libros, las clases y conferencias, los proyectos y las constantes carreras entre los diferentes edificios de la escuela, soportando las cadenas que prometían libertad a cambio de sucumbir durante tres años a sus redes. Todo porque la sonrisa de la fortuna los había hecho nacer con portentosa inteligencia.
[Genáo se casó con una inglesa; todos sus hijos nacieron muertos. Vivió hasta los 100 años]

Pero esta suerte a veces crecía y desaparecía, pues lo que se les había dado en intelecto, la fortuna se los habría de cobrar de algún otro modo. ¡Detestable vida! (bufaban todos en silencio), que dulcificas y luego endureces. Y entran en el auditorio en fila como monos amaestrados, y se sientan como perros amaestrados, y escuchan el discurso de bienvenida como serpientes amaestradas.

Sólo un año más, sólo un año más.

[Éla se volvió actriz de teatro; ganó varios premios y gozó de cierta fama. Diez años después de su muerte, nadie la recordaba]

Pero sólo era un año más antes de pasar al siguiente escalón de la vida, y después vendrá otro, y otro hasta que caigan en la tumba. La suerte común de todos los mortales, sin piedad se apoderará de toda su riqueza, pobreza, poder y pasiones, y los derretirá como al hielo.

Y todos se saben condenados así, como una mente única que se disfraza de diferentes rostros y pieles; algunos tienen la cara aburrida y cuentan los puntitos de las losas del suelo; otros observan hacia la nada pretendiendo mirar al director; otros con la cabeza baja entrecerrando los ojos. Todos resignados a saberse ultimadamente en manos de la suerte, contra la cual toda su disciplina e inteligencia nada pueden hacer. Es un destino monstruoso y vacío que a los de afuera la fortuna les sonría en lo que a ellos les da la espalda, y al revés. En la rueda de la vida en la que todos están girando, estar ahí, en una prestigiosa escuela, es vano. Hasta la salud es vana; hasta al enfermo le sonrío la suerte de maneras que al sano no; hasta el más sano del mundo muere de un infarto repentino.

[Dézen y Óira se casaron mientras terminaban sus estudios. Óira murió de

cáncer diez años después. Dézen volvió a casarse pero murió en un accidente de tráfico sólo una semana después]

En el juego de la vida, hasta el perezoso se gana la lotería, y al diligente se lo comen los avestruces.

La maldad de la suerte les hacía sentirse desnudos, apenas protegidos de destinos peores por su frágil estatus de genios.

Todas las horas de estudio, todas las horas de sol en la cara que nunca volverán a sentir, todas las brisas marinas que nunca respiraron, todos los goces banales que hacen dichosas a las almas inquietas, todos los parques en los que nunca jugaron, era de lo que estaban hechos. La suerte debía estar en su contra en salud y virtud; se cobraba de todo eso para equilibrar la suerte de su intelecto.

[Bárum se ofreció de voluntario para una misión de caridad en África, pero unas hienas se lo comieron vivo]

Hace frío incluso dentro del auditorio. Cuando el director finalmente se calla, anuncia que pueden pasar a ver la disposición de los grupos de ese año, que se muestra en las diferentes pizarras del área común de estudiantes. Y de nuevo la suerte separa o mantiene unidos a los que se estimaban o se odiaban, a los que se amaban o se ayudaban, y a los que no se importaban también.

Ahora caminan hacia sus edificios y salones. Desde el aire se los ve hormiguar entre la blancura de la nieve, sobre los caminos que en otra estación resaltarían su gris entre el verdor de los árboles y el césped. Los edificios son gigantes cilindros carmesí, blanquecinos por la nieve. Un edificio para cada año, uno para el auditorio, uno para los deportes, uno para la biblioteca, uno para la dirección, y uno pequeño para la bodega. Y la masa de alumnos que sale del auditorio, y que leen de las pizarras en la zona común, se hace más pequeña; se bifurcan en ríos cuyas aguas son absorbidas por sus edificios correspondientes hasta que no queda nadie más afuera.

[Níma se hizo cirujana. Salvó la vida de más de ciento cincuenta pacientes]

El frío del invierno da paso al calor del látigo oculto cuando toman asiento en sus aulas. Pilas de libros sobre las mesas de los maestros esperan ser ordenadamente repartidos entre los estudiantes; libros grandes y pesados, con portadas coloridas y hasta absurdas, llegan tan alto que muchos alumnos tienen problemas para alcanzar los de hasta arriba cuando les llega el turno de pasar por ellos. Ahora tienen todos sus libros, sus propias torres de información que a lo largo de todo el año deberá emigrar a sus cabezas.

[Wéishen y Yamé observan sonriendo a los nuevos alumnos]

¡Ya es la hora! Así que no pretendan retrasar más lo inevitable. Saquen fuerza de su corazón, pues incluso los más fuertes son débiles ante los golpes del destino. Y agradezcan, deben agradecer esta suerte que la vida les ha dado y que tendrán que retribuirla a costa de su trabajo, esfuerzo, disciplina, valores. ¿Preferirían estarse partiendo la espalda en los campos, muriendo de hambre en los desiertos, hacerse mutilar en otras culturas, ser analfabetos, tener que limpiar porquerías o arriesgarse a

morir de una caída, electrocutados, asfixiados o quemados, o estar siendo comidos vivos por las fieras o sacrificados para lucrar con sus cuerpos? ¡Háganse dignos de su suerte! Sienten alegría, ¿no es así? Sí, estén alegres; la alegría también se materializa en sus lágrimas que sólo fluyen por dentro; pero no se apenen, que el que llora aceptando su suerte heredará la paz.

[Y así como la tierra y la galaxia giran eternamente en el universo, la fortuna también gira para todos por siempre, y esta historia se repetirá en todas sus interminables variaciones en este y en todos los mundos existentes, creando ciclos eternos de fortuna y desdicha]

¡Lloren todos conmigo!

[Y la fortuna sigue girando, y girando, y girando...]

Gracias por acompañarme hasta el final. Los invito a seguir leyendo más historias en el blog del ParalefikZland: <https://paralefikzland.blogspot.com/>